

La descripción del Nuevo Mundo en la primera mitad del siglo XVI: Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo

por Miguel Ángel Ladero Quesada

Me propongo recordar en esta conferencia la inmensa fortuna que tuvieron los navegantes, exploradores y conquistadores españoles al encontrarse, a menudo por primera vez, con las realidades, las maravillas y las expectativas de los mundos nuevos y de las sociedades desconocidas que iban apareciendo ante su vista y, al mismo tiempo, ante su capacidad de acción y reflexión.

Muchos de ellos no detuvieron su atención más de lo que convenía a sus proyectos o intereses inmediatos, fueran cuales fuesen, desde el enriquecimiento hasta la evangelización. Otros se preocuparon sobre todo de resolver los problemas que suscitaba la organización política y administrativa o la defensa de las rutas oceánicas y de las tierras incorporadas a la Corona de Castilla. Pero algunos, en número no desdeñable, observaron, narraron, establecieron hipótesis y conclusiones sobre lo que veían y fueron así pioneros en concebir la profunda transformación de la visión del mundo y de los hombres que ocurrió en la Europa moderna.

Sus libros fueron editados casi siempre, traducidos y muy conocidos en España y en otros países europeos durante el siglo XVI, aunque después se les olvidara con exceso. A veces, aquellos autores gozaron de la protección regia, fueron cosmógrafos de la Casa de la Contratación de Sevilla o Cronistas Mayores de Indias pero, incluso cuando así fue, sus escritos no son obra de funcionarios a sueldo, sino el resultado de un impulso interior de curiosidad, de afán de saber y de dar a conocer capaz de entusiasmar todavía hoy a sus lectores: se puede afirmar que aquellos cosmógrafos e historiadores *primitivos* de las Indias forman parte de nuestro patrimonio cultural común y que a todos interesa su conocimiento.

Tuvieron, desde luego, conciencia clara de la novedad que ofrecían con sus escritos a la Europa de la época. Me limitaré ahora a repetir lo que afirmaba el más antiguo de ellos, Pedro Mártir de Anghiera o de Anglería, un humanista milanés enraizado e hispanizado en la Corte de los Reyes Católicos:

No abandonaré de buen grado España hoy, porque estoy en la fuente de las noticias que llegan de los países recién descubiertos y puedo esperar, constituyéndome en historiador de tan grandes acontecimientos, que mi nombre pase a la posteridad.



Gonzalo Fernández de Oviedo.



Carta de Colón a Luis de Santángel anunciando el Descubrimiento.

Recordaré también la ambición enciclopédica que Gonzalo Fernández de Oviedo expresaba algunos años después al comenzar su *Sumario de la natural historia de las Indias*:

Primeramente trataré del camino y navegación, y tras aquesto diré de la manera de gente que en aquellas partes habitan; y tras esto, de los animales terrestres y de las aves y de los ríos y fuentes y mares y pescados, y de las plantas y yerbas y cosas que produce la tierra, y de algunos ritos y ceremonias de aquellas gentes salvajes.

Es el mismo Oviedo quien se lamenta, en diversas partes de sus escritos, de la inmensidad de la tarea al afirmar *que es muy corta la vida de un hombre para lo poder ver ni acabar de entender ni conjeturar* (*Historia Natural*, I, 2).

Centraré ahora mi atención en estos dos autores cuya obra expresa de manera perfecta la curiosidad y el espíritu de observación que inspiraron a aquellos escritores, educados en los valores del Humanismo, y que muestran qué tipos de conocimientos e ideas transmitieron a sus contemporáneos, contribuyendo así a la modificación profunda de la visión del mundo que hasta entonces tenían los europeos. He escogido a Pedro Mártir de Anglería y a Gonzalo Fernández de Oviedo, ambos cronistas oficiales de Indias en algún momento de su vida, por la riqueza y densidad de sus obras, por su alcance general y por la difusión e influencia que tuvieron en su época.

No creo que nadie se extrañe porque considere a Pedro Mártir de Anglería dentro de los círculos intelectuales españoles. Era milanés de origen y llegó a la corte de los Reyes Católicos en 1488, siendo ya un humanista maduro de treinta años de edad pero, desde aquel momento, dedicó todo su trabajo y su genio de escritor a las cosas de España, fue testigo fiel e identificado con la historia que transcurría ante sus ojos, y sus opiniones fueron muy tenidas en cuenta, pues acabó sus días en 1526 siendo miembro del Consejo de Indias. Se conocen más de ochocientas cartas suyas, escritas entre 1488 y 1525, y en 1493 comenzó a redactar sus *Decades de Orbe Novo*, la primera de las cuales se imprimió en Sevilla en 1511, y la totalidad en Alcalá de Henares en 1530.

Aunque Mártir de Anglería nunca viajó a América, sus escritos poseen la enorme importancia de transmitir el conocimiento directo que tuvo de Cristóbal Colón y de muchos exploradores y descubridores, y las noticias que recibió de ellos. Es una transmisión, desde luego, peculiar: nuestro humanista, escribe un autor, “vio por otros ojos y oyó en castellano lo que escribió en latín. Cada una de estas etapas supuso una nueva lejanía”. Pero era una lejanía relativa, acentuada tal vez por sus hábitos mentales dominados por el clasicismo, aunque Mártir de Anglería se esforzó realmente en asimilar y comprender los cambios y novedades que se sucedían vertiginosamente. Su curiosidad insaciable iba a la par con cierta actitud de frialdad intelectual, de impersonalidad, que oculta un entusiasmo intenso, atenuado por la brevedad de sus referencias, que incluye pocos juicios morales, al contrario de lo que sucede en otros historiadores de Indias. Pero, en fin, él “vio todo o casi todo” antes que otros y supo dar testimonio de ello.

Mártir de Anglería, “que redactó su obra casi al filo de los acontecimientos”, fue de los primeros en constatar “los errores de los sabios de la Antigüedad”, y de los primeros también en realizar “esa seria mutación mental” que los descubrimientos imponían a los humanistas. “Que aquellos hombres... empapados por las letras clásicas, alcanzaran a considerar que gran parte de lo dicho por los antiguos era fruto de la invención o del error, no pudo serles nada fácil. Anglería fue quizá el primero que sufrió ese trauma” y así lo va reflejando en las diversas interpretaciones que hace, a medida que va pasando el tiempo y va avanzando él en la redacción de su *De Orbe Novo*.

Al comienzo, en 1494, ante la constatación de que Colón no ha llegado a La India, acepta la hipótesis del Almirante, que habría arribado a la isla de Ofir, “no lejos del Quersoneso Áureo, principio de nuestro Oriente, más allá de la Persia”. Pero aquella hipótesis tranquilizadora se desvanece pronto para dar paso a otra, en 1497, en la que introduce las viejas fábulas medievales sobre las islas del Océano, al escribir sobre las del Caribe lo siguiente: “considerando diligentemente lo que enseñan lo cosmógrafos, aquéllas son las islas Antillas y otras adyacentes”. Cabe suponer que la crisis de credibilidad que Cristóbal Colón sufrió por entonces se debió a lo que podía considerarse como un fracaso porque no había llegado a La India y todavía no había surgido la evidencia del nuevo continente. Esto último ocurrió desde comienzos del siglo XVI y Anglería lo asumió, admirándose una y otra vez hasta que la novedad culmina con la primera vuelta al mundo y el regreso de la nao *Victoria* pilotada por Juan Sebastián Elcano: nuestro humanista narra, en una carta del cuatro de noviembre de 1522,

Cómo en el transcurso de tres años, una flotilla (...) ha podido recorrer un paralelo entero /de la Tierra/ dirigiendo siempre su proa hacia el sol poniente, de las cuales /naves/ una ha vuelto por Oriente cargada de especias y clavo; y en esta travesía se ha encontrado un día de ventaja (...) dos hechos que parecen inadmisibles para los estómagos débiles (carta DCCLXX).



Carta de Juan de la Cosa (1500).
Primera representación de las tierras americanas.

Pero, al mismo tiempo, los avances en el conocimiento del Mar del Sur –el Océano Pacífico– estimulaban de nuevo la fantasía y el afán de buscar nuevos medios de enriquecimiento: “la perspectiva de explorar las costas e islas del Pacífico Sur volvía a despertar la ilusión por lo maravilloso y fantástico, desechada años atrás ante el “fracaso” de Colón, pero renovada ante la entrada en escena del mundo azteca, jamás intuido” (D. Ramos Pérez). Y, por otra parte, Pedro Mártir pensaba juiciosamente que debía de haber especias en muchas otras islas, aparte de las Malucas, “siempre que disfrutaran de análoga posición en la banda equinoccial y de semejantes condiciones”. Por eso, una de sus últimas iniciativas fue participar en la financiación de la expedición de Sebastián Caboto, que ya he mencionado, hacia “las tierras de Tarsis e Ofir y el Catayo oriental e Cipango”.

Anglería inició, pues, una “reacción ideológica” frente a las afirmaciones de los clásicos y fue uno de los primeros en plantear esa querrela entre los *Antiguos* y los *Modernos* que atraviesa todo el humanismo español del siglo XVI. Al mismo tiempo, sus observaciones y descripciones sobre las nuevas rutas oceánicas, las tierras y las sociedades recién halladas fueron una fuente inagotable de noticias y reflexiones para sus contemporáneos. Él aludió por primera vez al cielo austral, describió nuevas corrientes marinas, introdujo en Europa la palabra indígena caribeña *huracán*, prefiriéndola a la clásica *tifón*. Fue bastante preciso en la descripción de plantas y animales caribeños aunque Fernández de Oviedo le reproche su falta de experiencia directa y los errores que aquello provocaba: el maíz, la batata, la yuca, la piña, el cacao, la güira y el manzanillo aparecen en sus páginas, así como los vampiros, los tapires, las hutias, las churchas y otros animales. Pero tampoco en este terreno pudo Pedro Mártir prescindir de sus lealtades al mundo clásico: así, afirma seriamente que existen diversas Fuentes de la Eterna Juventud, una de ellas en La Florida (Dec. VII, Lib. VII), y describe el alcatraz como un ave “semejante a las arpías de los poetas, con cara de doncella, barba, boca, nariz y dientes”. Y, sin embargo, su escepticismo hacia la existencia



Hurtado de Mendoza, amigo y protector de Martir de Anglería.

de seres monstruosos era ya total en los últimos años de su vida; escepticismo compartido por Maximiliano Transilvano en su carta de 24 de octubre de 1522 sobre la primera vuelta al mundo:

Creemos ser fabulosos y cosas no verdaderas las que los autores antiguos dejaron escritas y que con la experiencia de los presentes /hechos/ pueden aquellas ser reprobadas (...) finalmente estos nuestros españoles que en esta nao agora volvieron habiendo dado una vuelta al universo orbe, nunca hayan topado, visto ni podido saber ni menos oír en todo lo que han andado, que agora ni en tiempo alguno haya habido ni haya los semejantes hombres monstruosos ... Todo lo que los antiguos cerca desto dijeron se debe tener por cosa fabulosa y falsa, y que como lo oyeron sin saber la verdad dello, lo escribieron, y así han venido las semejantes fábulas y mentiras de muy antiguo de unas manos en otras y de un autor en otro.

Pero la gran cuestión no eran tanto los seres fantásticos sino “la nueva y desconocida humanidad con que se tropezaron los descubridores. Y mucho más desde que se planteó aquella seguridad de no ser las Indias prometidas lo descubierto por Colón, porque, entonces, ¿quiénes eran aquellas gentes?. Y lo que era aun más sugestivo, ¿qué conciencia tenían sobre las grandes cuestiones del origen del mundo o de las cosas y, lo que era más importante, de los propios hombres?” (D. Ramos). Anglería conoció inmediatamente los escritos más antiguos, escritos etnográficos diríamos hoy, sobre los indios taínos de La Española, debidos al jerónimo fray Ramón Pané, en 1496, y recibió muchas informaciones pues, según el testimonio de fray Bartolomé de las Casas, “todos se holgaban de le dar cuenta de lo que veían y hallaban, como a hombre de autoridad”. Su criterio sobre los indígenas se construye, sin embargo, a partir de dos elementos interpretativos ajenos a la experiencia: uno, la utilización del mito del “buen salvaje”, y otro, la comparación con los pueblos y sucesos de la Antigüedad.

La comparación con sucesos, protagonistas, situaciones o hechos de las culturas antiguas –entiéndase, la griega y romana– era muy frecuente, y la hallamos después en escritores de primera categoría para la comprensión del mundo indígena, por ejemplo el padre José de Acosta, a finales del siglo XVI. Debemos considerar que con ello los humanistas no sólo rendían tributo a las fuentes de su propio saber, ni introducían necesariamente un elemento de deformación en sus observaciones sobre la realidad indiana. Por el contrario, utilizaban el método comparativo en el nivel que les era posible y creaban así categorías explicativas insustituibles para estructurar intelectualmente la realidad nueva que estudiaban, realidad que, desde luego, no confundían con la de los pueblos clásicos. Anglería inauguró así una práctica que ha caracterizado hasta tiempos recientes a la etnología europea: el establecimiento de una ecuación relacionando el nivel cultural de los actuales “pueblos primitivos” con el de los pueblos antiguos o prehistóricos.

También tuvo grandes consecuencias la aplicación de las ideas míticas sobre el “buen salvaje” y la “edad de oro” primitiva, cuyos últimos restos creyó encontrar Pedro Mártir entre los indios taínos, habitantes de un edén insular. “Toda aquella gente –escribe– sin distinción de sexo andaba desnuda y contenta con su natural estado”. Por eso, el padre Las Casas encuentra en Anglería un precedente a respetar y desarrollar cuando escribe:

Andaban todos desnudos, como sus madres les habían parido, con tanto descuido y simplicidad, todas sus cosas vergonzosas de fuera, que parecía no haberse perdido o haberse restituido el estado de la inocencia en que un poquito de tiempo, que se dice

no haber pasado de seis horas, vivió nuestro padre Adán (Las Casas, Lib. I, cap. XL).

“Podríamos agregar –añade Salas refiriéndose a Anglería– que la edad felicísima la define no sólo por la comunidad de bienes, frugalidad, falta de leyes, de libros, de jueces, sino también por la falta de dinero, símbolo de la corrupción para nuestro autor”.

No voy a recordar ahora cuánto daño ha hecho en la historia europea, y en muchos proyectos de organización social, esta imagen intelectual, al parecer indeleble, sobre la bondad natural de los hombres, cuando, por el contrario, la experiencia demuestra siempre que la bondad no es un estado de posesión sino de búsqueda, un compromiso sucesivo y distinto en cada momento histórico e incluso para cada hombre, entre el ser real y el deber ser ideal. Anglería desde un punto de vista lejano e intelectual, y Las Casas con su apasionamiento, unilateralidad exagerada a menudo y compromiso personal, al fundamentar sus argumentos en una premisa mítica, la del “buen salvaje”, ponían fuera de cualquier duda la condición humana y racional de los indígenas, y creaban una conciencia crítica entre los colonizadores, una conciencia de culpa, indispensable y admirable desde un punto de vista teórico-doctrinal y cristiano, pero no contribuían, sino más bien al contrario, a poner las bases intelectuales efectivas para resolver o, al menos, para comprender adecuadamente las situaciones y los problemas concretos que se planteaban en el choque de culturas. Aunque, en definitiva, la reflexión sobre estos problemas, a partir de unos criterios propios de la cultura europea occidental y de la cristiandad latina, fue la aportación mayor de los escritores españoles de los siglos XVI y XVII a la nueva visión de la humanidad.

Anglería dio noticia y opinión sobre algunos de aquellos problemas. Su equiparación entre “natural estado” y “bondad natural” desapareció al conocer la ferocidad de los indios caribes, las luchas entre los indígenas y la existencia evidente de relaciones de dominio y propiedad. Y cuando tuvo noticias, en 1523, sobre la cultura azteca, no dudó en escribir que “aquellos pueblos están instruidos y son de agudo ingenio y habilidosos”, afirmación poco compatible con sus antiguas ideas sobre los indígenas salvajes y bondadosos. Lo que sucedía era que comenzaba a imponerse la idea sobre la diversidad de niveles de las culturas y las sociedades del Nuevo Mundo. Anglería conoció casi exclusivamente el ámbito del Caribe y observó los efectos trágicos que tuvo en él el contacto entre los conquistadores y colonos y los indígenas. Los primeros, a menudo indisciplinados y codiciosos, a los que la lejanía permitía despreciar “las órdenes políticas y los ideales religiosos”, y los segundos, que ya no eran buenos sino más bien débiles, hasta el punto de que Anglería consideraba mejor, en 1525, una situación controlada de servidumbre que la relación directa y tremendamente desigual de los primeros tiempos:

Estos hombres sencillos y desnudos –escribe– estaban acostumbrados a poco trabajo; muchos perecen en su inmensa fatiga en las minas, y se desesperan hasta el punto de que muchos se quitan la vida y no cuidan de criar hijos.

Gonzalo Fernández de Oviedo es un autor de importancia capital para las cuestiones que ahora ocupan nuestra atención. Nació en Madrid, en 1478, y murió en Santo Domingo, en 1557, ejerciendo el cargo de alcaide de su fortaleza. Los especialistas en la época de los Reyes Católicos han valorado siempre su experiencia vital como paje en la corte del príncipe Juan, muerto en 1497, y después, tanto en Italia como en España, al servicio del duque de Calabria y de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, y se han beneficiado de sus escritos genealógicos y de la gran colección de biografías de personajes de aquel tiempo que escribió durante los últimos años de su vida. Pero la fama principal le viene de su vinculación al Nuevo Mundo: viajó por primera vez a las Indias en 1514, formando parte de la expedición

de Pedrarias Dávila a Castilla del Oro, y permaneció en el Nuevo Mundo, salvo algunas estancias en España, desde 1520. Fue cronista oficial de Indias desde 1532 y supo acopiar y transmitir una cantidad inmensa de información, contenida en dos libros fundamentales, el *Sumario de la natural historia de las Indias*, impreso en Toledo en 1526, y la *Historia general y natural de las Indias*, cuya primera parte se editó en 1535, aunque el resto permaneció inédito hasta 1851.



Historia General de las Indias. Gonzalo Fernández de Oviedo.

El *Sumario* y la parte publicada de la *Historia* tuvieron gran fama y difusión inmediatas, en especial el primero, traducido, como testimonio el mismo Oviedo, al italiano, francés, griego, latín, alemán, árabe y turco, citado y utilizado por naturalistas y hombres de ciencia de los siglos XVI al XVIII. La *Historia* comprende, en su versión definitiva, cincuenta libros –son más de 2.500 páginas de letra menuda–, escritos a lo largo de cuarenta años cuyo “valor fundamental no reside, con ser grande, en su detalle narrativo ni en su extensión (...), sino en la naturaleza y variedad de las fuentes utilizadas y el criterio con que las ha empleado” (Salas), fundado siempre en la experiencia o en el testimonio directo analizados críticamente. Oviedo escribe en castellano, lo que otorga a su relato una fluidez y riqueza de matices de la que carece el de Anglería, sujeto a las pautas literarias latinas, y lo hace consciente de que ése es su deber y su orgullo, por su condición española:

¿Qué fuera justo que una historia tan alta e nunca vista, e tan deseada e cierta, e tan famosa e grande, e tan maravillosa e tan auténtica como la que tengo entre manos (...) fuera justo relatarla en sermón extraño?

Fernández de Oviedo escribió a la vez como geógrafo, naturalista, etnólogo e historiador. Es admirable comprobar hasta qué punto fue todas aquellas cosas sin llegar a ser plenamente ninguna de ellas si aplicamos a sus escritos nuestros actuales criterios. En su obra se mezcla toda la grandeza y todo el arcaísmo propio de los clásicos, de modo que su lectura directa no se puede sustituir por ningún comentario, pero éstos son indispensables para aclarar las ideas y maneras de entender la realidad que subyacen en las cambiantes formas externas de exposición, y para introducir algunos criterios de orden en el inmenso conglomerado de noticias y opiniones que Oviedo acumuló en sus libros.

Una geografía nueva

Ante todo, nuestro autor descubre y describe una geografía nueva que él no duda en concebir como parte de un mundo único cuyo conocimiento se está completando gracias a los descubrimientos. América no es, a decir verdad, un Nuevo Mundo:

Porque –escribe– ni esto de acá es más nuevo ni más viejo de lo que son Asia, África y Europa. /Y añade/: toda la tierra del universo está dividida en dos partes, y (...) la una es aquella tierra que los antiguos llamaron Asia e África y Europa (...), y la otra parte o mitad del mundo es aquesta de nuestras Indias (...) la Tierra Firme destas Indias es otra mitad del mundo, tan grande o por ventura mayor que Asia, África y Europa.

Oviedo sólo cedió a la tentación de aceptar a los autores antiguos, en el aspecto geográfico, cuando afirmó que las Antillas correspondían a las fabulosas Islas Hespérides, e incluso en esto hemos de ver cierto cálculo político, puesto que el mítico Hesperus fue rey de Iberia, de modo que aquella afirmación venía a añadir algo a la legitimidad del dominio de Carlos V en América.

La comparación y la búsqueda de posibles antecedentes bíblicos o clásicos está presente en toda la obra de Oviedo, así como muchas reminiscencias de una

cultura popular común a finales de medievo, pero lo más importante es que en ella se muestra como el mejor conocedor de la América de su tiempo: sus descripciones de las costas atlánticas demuestran la rapidez y minuciosidad de la exploración hecha por los marinos españoles. Sus noticias sobre el Mar del Sur u Océano Pacífico son más interesantes incluso porque la exploración estaba en sus comienzos: no se plantea la cuestión sobre la hipotética *Quarta Pars* del mundo porque lo que le interesa, sobre todo, es el conocimiento de las costas americanas –sólo se habían explorado entonces las del Pacífico sur– y la posibilidad de que América y Asia estuvieran unidas por el norte, cosa que Oviedo no cree (HG, I, 184).

Le preocupó también el problema de la medición del diámetro de la Tierra, y facilitó datos sobre las dimensiones del Océano Pacífico que despertaron controversia en la Europa de su tiempo y, en fin, su admiración por las realidades del universo nuevamente descubiertas, le llevó a conseguir del emperador Carlos V, en 1525, la inclusión de las cuatro estrellas de la Cruz del Sur en su propio escudo de armas.



Planisferio de Cantino (1502) con representación de las costas occidentales de América.

Plantas y animales

Sin embargo, su afición principal fue la descripción de los seres vivos que poblaban las Indias y, en este sentido, fue ante todo naturalista y etnólogo. Para Oviedo, al modo medieval, “la omnipotencia divina resplandece en la variedad de las criaturas” (Gerbi) o, dicho de otra manera, “la contemplación del mundo visible acaba conduciendo a Dios”, de modo que:

No es de maravillarnos –escribe– de alguna gente vestida o desnuda, porque el mundo es largo y no pueden todos los hombres verle; y para esto quiere Dios que yo y otros se den a estas peregrinaciones y las veamos, y se escriban, para que a todos sean notas y de todo se le den loores (XXVI,10).

El entusiasmo se muestra ya al comienzo de sus escritos:

¿Cuál ingenio moral sabrá comprender tanta diversidad de lenguas, de hábito, de costumbres en los hombres destas Indias, tanta variedad de animales ... tanta multitud inenarrable de árboles ... plantas y hiervas útiles ... tantas diferencias de rosas e flores e olorosa fragancia? (I,1,2-3).

Fernández de Oviedo se basa, ante todo, en la experiencia; es un empírico que observa y escribe antes del desarrollo sistemático del conocimiento científico moderno. Claro está que contó con modelos literarios clásicos para llevar a cabo sus descripciones: Teofrasto en botánica, Plinio en zoología, algunos elementos tomados de diversos *bestiarios medievales* y, como último recurso, el relato bíblico contenido en el *Génesis*. Pero lo más importante es su empeño en dar razón de lo que ve y, más todavía, de situar en marcos geográficos regionales a las plantas y animales que estudia (“dar a cada animal su propia patria”, II,27), de modo que la ordenación de su obra, donde estos aspectos se mezclan con los propiamente historiográficos, es cosmográfica, no cronológica: la isla Española, en primer lugar, las Antillas a continuación, las diversas regiones de la Tierra Firme americana por último.



Portada de la Edición de la *Historia General de las Indias*. Fernández de Oviedo.

Las descripciones de Fernández de Oviedo tienen a menudo una finalidad utilitaria de modo que ponen el acento, a menudo, en el interés alimenticio o el valor terapéutico. No podía ser de otro modo porque estaba siempre en juego la posibilidad de adaptación e incluso de supervivencia. “Los españoles en América –escribe Gerbi– se encontraron con la necesidad de volver a recorrer en pocos años (pero con la ayuda de una experiencia plurimilenaria) el camino que la humanidad había recorrido desde que comenzó a utilizar y enderezar a sus fines los productos de la naturaleza”.

En resumen, Oviedo “ha abierto ante los asombrados ojos de los europeos, el pórtico de una naturaleza desconocida” (E. Álvarez López). “Estudia –añade Esteve Barba– por primera vez muchas especies, a veces con una precisión admirable, aun en un tiempo en que la técnica estaba por crear”. Sería absurdo el intento de resumir sus aportaciones en una página, de modo que mencionaré sólo algunos ejemplos, no necesariamente los más importantes.

Sus descripciones botánicas son numerosísimas, incluyendo el precioso dibujo literario que hace de la selva virgen. Pasan por sus páginas el caucho, el pochote o seda vegetal, la coca, el tabaco, el maíz, la batata, los frijoles, el cacahuete, el pimiento, la piña, la yuca, la pita, el henequén, el cacao, diversos tipos de cactus, así como gran cantidad de árboles. Dedicó cuatro libros a la descripción de los animales, entre ellos muchas especies autóctonas: el oso hormiguero, los perezosos, los encubertados, las churchas, las llamas u “ovejas del Perú”, los bisontes o “toros monteros”, las iguanas, los caimanes, las serpientes de cascabel, los tucanes, alcatraces y cuervos marinos, los guajalotes o pavos mejicanos, los vampiros, las tortugas gigantes, los manatíes, los tiburones, los peces espada, los peces voladores, las enormes arañas, etc., etc. Es notable que Oviedo se extrañe, en términos muy tradicionales, al observar que a veces los animales americanos no responden a las características de su especie esenciales para la simbología medieval: ¿cómo explicar, por ejemplo, que los leones de las Indias no se mostraran fieros, cual corresponde al rey de los animales, o que los perros no ladraran si ésta era su principal obligación como vigilantes?

Como buen colonizador, dedica amplios espacios de su obra a describir las formas de aclimatación de especies animales y vegetales traídas de Europa. Pero a nosotros puede interesarnos más ahora lo contrario, porque la aclimatación de especies americanas en Europa vino a ser otra vía, modesta y anónima si se quiere, por medio de la cual los españoles, y tras ellos otros europeos, comenzaron a tener motivos para modificar viejas ideas, al menos en lo tocante a sus hábitos alimenticios. En la España del siglo XVI se aclimataron plantas alimenticias y medicinales, así como otras ornamentales de las que hay menos noticia, aunque muchas de ellas tardarían en alcanzar la difusión que posteriormente han tenido: el maíz, la batata, la piña americana, las guindillas y pimientos, el tomate, el tabaco, el girasol, la patata, el cacahuete, el algodón en su tipo americano, las pitas y chumberas.

Los indígenas. La conquista

La observación etnológica constituye otra gran aportación de Fernández de Oviedo al desarrollo precientífico del conocimiento sobre los indígenas. El valor de su obra es comparable al de autores posteriores como fray Bernardino de Sahagún (*Historia de las cosas de la Nueva España*) y el padre José de Acosta (*Historia natural y moral de las Indias y De promulgando Evangelio apud barbaros sive de procuranda Indorum salute*). Oviedo aparece, una vez más, como precursor: es, escribe M. Ballesteros, “un océano de materiales (...) no hay casi ni un solo capítulo de los muchos libros de su *Historia* en el que no se refiera a una costumbre indígena, a un detalle de armamento, vestimenta o vivienda de los primitivos”.

La actitud intelectual de Fernández de Oviedo es especialmente abierta y moderna en sus observaciones sobre las culturas aborígenes debido a “las dotes de observación que tiene y a la precisión descriptiva” (Ballesteros), a que apenas expresa juicios de valor mezclados con las descripciones –otra cosa es su opinión general sobre los indígenas y la conquista, a la que luego aludiré–, y su capacidad para intuir que los usos y costumbres forman parte de sistemas culturales completos en sí mismos y que éstos son el resultado de procesos de adaptación entre hombre y medio, de modo que es posible encontrar rasgos estructurales semejantes en pueblos muy distintos o alejados en el tiempo y en el espacio. Claro está que él utiliza otras palabras para expresar esta idea:

Yo sospecho que la natura es la guía de las artes, e non sin cabsa suelen decir los florentinos en su vulgar proverbio: tutto el modo e como a casa nostra. Y así me paresce, en la verdad, que de muchas cosas que nos admiramos de verlas uasadas entre estas gentes e indios salvajes, miran nuestros ojos en ellas lo mismo, o cuasi, que hemos visto o leído de otras naciones de nuestra Europa e de otras partes del mundo bien enseñadas (Historia, VI, XLIX).

Pero, en la mayoría de las ocasiones, la comparación se establece con culturas antiguas o exóticas: scitas y númeridas de la Antigüedad, mongoles o tártaros medievales... Se diría que Oviedo esboza la idea de que hay rasgos universales de lo primitivo, olvidados ya en Europa, tales como las fiestas propiciatorias sangrientas, la promiscuidad sexual, los tatuajes, los enterramientos con ajuar y joyas. A veces nos podemos sentir tentados a extraer de sus ideas más de lo que el mismo Oviedo puso en ellas, por ejemplo cuando, refiriéndose a ciertas costumbres, escribe: “tan al propio, que paresce que los indios a los tártaros lo enseñaron, o que de Tartaria vinieron a la Tierra Firme los tequinas o maestros de sus vicios” (XXIX,27).

El método comparativo es, por lo tanto, un medio para intentar comprender mejor los motivos de aquellas extrañas y bárbaras costumbres, demostrando que no sólo las tenían los indios sino también otros pueblos. Por lo demás, Oviedo percibe muy bien la existencia de diferentes áreas culturales en América:

Hay en este imperio de las Indias (...) tan grandes reinos e provincias y de tan extrañas gentes y diversidades e costumbres y ceremonias e idolatrías (...) que es muy corta la vida de un hombre par lo poder ver ni acabar de entender e conjeturar (Historia, I, p. 2).

Oviedo tuvo un respeto especial hacia la toponimia y las lenguas indígenas en sus descripciones: “como buen etnólogo –apunta M. Ballesteros– comprende que para la diferenciación de los pueblos, la lengua es un elemento crítico indispensable”. Sus libros contienen un repertorio abundante de palabras indígenas, algunas de las cuales han pasado al castellano: bohío, hamaca, petaca, barbacoa, canoa, piragua, macana, enaguas, sabana, cacique, huracán, tabaco, maíz.... Pero lo más útil para el etnólogo actual es acudir a Fernández de Oviedo como fuente de conocimientos. Mencionaré, muy brevemente, sus descripciones sobre los vestidos, por ejemplo los de cuero de los indios del Mississipi, las viviendas, los arcos y flechas, las boleadoras de los guaraníes, las pinturas de guerra, las hamacas, las pipas de tabaco, las plantas medicinales, la obtención de fuego mediante palos frotadores, los cantos y bailes, los juegos (así, el juego con pelota de caucho), las estructuras de la familia (con especiales menciones al incesto y la poligamia), la homosexualidad, el canibalismo, los sacrificios sangrientos y otros ritos religiosos, las costumbres funerarias, los templos (incluye una descripción de los templos mayas), y tantos otros aspectos.

Pero una cosa es el deseo de precisión para describir la arquitectura cultural de los indios y otra el juicio de valor que merecen a Oviedo sus diversos aspectos. Así, por ejemplo, los sacrificios sangrientos son “cosa muy religiosa y sancta entre los indios” pero ello se debe a que su religión es una forma de adoración al demonio, con lo que el autor introduce una valoración que, como todas las suyas, compara lo indígena con lo europeo o, como él diría, con lo cristiano.

Y, en general, el juicio de valor que Fernández de Oviedo expresa sobre los diversos aspectos de la cultura indígena no es positivo. Los indios habrían degenerado en su condición humana, al no conocer a Dios ni al cristianismo, lo que implicaba cierto grado de culpabilidad, porque nuestro autor no podía comprender que el mensaje evangélico no hubiera llegado ya a aquellas tierras en tiempos remotos. La imagen que ofrece de los indios no es simpática: describe sus culturas, pero no les reconoce un valor propio como tales –aunque comprende que existan y piensa que muchos de sus rasgos son útiles–. Entiende que la evangelización es el camino para reintegrar a los indígenas en la plenitud de su propia humanidad y en el medio cultural más perfecto que él podía concebir, es decir, el de la cristiandad latina: ésta sería la justificación y legitimación, en última instancia, de la conquista.

Hay que comprender el resto de las opiniones y argumentos de Fernández de Oviedo a partir de este argumento general, que compartían casi todos los europeos de su tiempo. Los indios estarían por debajo de sus propias posibilidades humanas en la medida en que eran vagos, viciosos, mentirosos, cobardes, torpes, melancólicos, inclinados al mal, “gente cruda e de ninguna piedad (...) muy pocos o raros son los que se duelen del mal ajeno e aun muchos de ellos no tienen piedad de sí propios”. Pero esto no se debería a motivos étnicos –no hay racismo en las descripciones de Oviedo aunque piense que son mejores, por ser los suyos, los patrones somáticos y estéticos europeos–, sino al oscurecimiento de la personalidad moral de los indios.

Es cierto que nuestro autor sólo conoció bien las culturas antillanas: sus opiniones comenzaron a matizarse a medida que tuvo noticia de las altas culturas mejicana y peruana, aunque sin cambiar el fundamento ideológico. Me parece que sus afirmaciones sobre la servidumbre “natural” del indio, mientras recorre el camino de su promoción humana completa, se entienden mejor en este contexto mental que, en definitiva, deriva de las ideas de Aristóteles sobre el carácter “natural” de la obediencia y el mando, tan desigualmente repartidos entre los hombres.

La conquista se justifica por sí misma, porque viene a cumplir, al modo medieval, el plan de Dios. Algo así, parafraseando la expresión de la crónica francesa de las cruzadas, como una especie de *Gesta Dei per hispanos*. Pero dicho esto hay que añadir inmediatamente que Oviedo no es un escritor épico ni triunfalista: el sentido crítico hacia los abusos y los excesos de los españoles aparece continuamente en su obra, cargada de juicios morales que contraponen la razón superior de la conquista a las sinrazones de muchos de sus actores. Lo más notable es que esta autocrítica le duele más en su condición de hidalgo español que en la de cristiano, al contrario de lo que le ocurría a fray Bartolomé de las Casas, de modo que en la obra de Las Casas encontramos una reflexión apasionada, radical y generalizadora que exige la disociación entre la conquista y la evangelización pacífica, mientras que en la de Oviedo hay otra reflexión, mucho más fría y condicionada culturalmente pero también sincera, sobre los motivos de que la violencia de la conquista, que puede ser justa, hubiese crecido en muchas ocasiones concretas hasta llegar a niveles injustificables y abusivos de codicia y crueldad.

Fernández de Oviedo expresa sus puntos de vista a través de un relato minucioso y preciso, lo que le permite descender al análisis de las causas y situaciones concretas con una capacidad de observación que a veces no ha sido superada por

historiadores posteriores. Por ejemplo, cuando describe los motivos de la desaparición de los indios antillanos: el trabajo, “al que no estaban acostumbrados”, los suicidios, la viruela, los abusos de los encomenderos. Oviedo, que tiene un punto de vista nobiliario y monárquico, atribuye los excesos a la condición heterogénea y villana de muchos de los soldados y colonos que habían venido a las Indias, y la contrapone a “los buenos e virtuosos hidalgos e los perfectos españoles e gente de honra que por estas partes están”. Añade otra causa para explicar la falta de justicia en muchas situaciones: la lejanía del poder real debido a la inmensidad de las distancias lo que, desde luego, era cierto. Pero no llega a diferenciar la violencia de los abusos de la violencia generada por las mismas estructuras de relación entre indios y españoles.

A partir de estas premisas, es posible apreciar mejor en su significado real los elementos de comprensión o de crítica hacia la actitud de los indígenas que surgen en las páginas de la *Historia* de Fernández de Oviedo. En general, es necesario leerlo, como a otros historiadores “primitivos” de las Indias españolas, sin perder de vista cuáles eran las escalas de valores vigentes en su tiempo y en el medio sociocultural de cada uno de ellos, para evaluar más adecuadamente lo mucho que aportaron a las nuevas visiones del mundo y del hombre que nacían al comienzo de la Edad Moderna.

